



LA NOCHE MÁS OSCURA

Ana Alcolea

ANAYA

VIII Premio Anaya
de Literatura Infantil y Juvenil

1.ª edición: abril 2011

© Del texto: Ana Alcolea, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Sergio A. González
Créditos fotográficos: 123RF/Quick Image

ISBN: 978-84-667-9515-9
Depósito legal: M-10827-2011
Impreso en Anzos, S.L.
C/ La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
28940 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía
de la lengua española**, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alcolea

La noche más oscura

VIII PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA

*A Jørgen, Liv, Jon Gisle y Maria Victoria,
con quienes conocí Kjeungskjaer fyr.*

A mi padre.

*Y a la memoria de Nikolaj Dubrowski, de Feodor Pawlov
y de sus ciento noventa y tres compañeros.*

PRIMEROS RECUERDOS

En esta vida hay cosas que nunca se olvidan, por muy pequeño que sea uno cuando acontecieron.

Los primeros recuerdos de Valeria se remontan a la época en que tenía poco más de dos años. Un día, una mujer de rasgos muy diferentes a los de las personas que tenía a su alrededor, le sonrió, la abrazó, y le dijo palabras que no entendía. A la mujer, antes de marcharse, se le llenaron los enormes ojos de lágrimas. Al día siguiente volvió con un muñeco de goma que representaba a un mono de color amarillo, y se lo dio a Valeria. La niña sonrió cuando le apretó las tripas y el muñeco gruñó en una especie de fa sostenido. Aunque, claro, esto Valeria no lo sabía. El caso es que la mujer de los enormes ojos volvió cada mañana hasta que por fin un día se la llevó, y la metió en un avión en el que pasó muchísimo rato. Tanto que tuvo tiempo de llorar, de correr por los pasillos, de tener frío, hambre, e incluso de hacer sus necesidades cuatro veces.

Cuando bajaron del avión, la mujer la volvió a abrazar, a cubrir de besos y a decirle: «Ahora eres mi hija y te llamas Valeria». La niña la miró desde abajo, desde los pocos palmos de altura que había crecido, apretó el monito amarillo, lo oyó gruñir, y sin entender ni palabra de lo que la señora le había dicho, sonrió.

Cogidas de la mano salieron a una sala muy grande donde las esperaban muchas personas de enormes ojos, grandes sonrisas, y con las cabezas llenas de pelos de diferentes colores. Todos la llenaron de besos, de abrazos y de regalos. Y todos hablaban una lengua que no comprendía.

Esos eran los primeros recuerdos de Valeria, y aunque habían pasado casi trece años desde entonces, aquellas primeras imágenes de su nueva vida no se le habían borrado jamás. Por eso, nunca hizo falta que Mercedes, su madre, le tuviera que contar que era una niña adoptada. Valeria sabía desde siempre que no había salido de la tripa de su mamá. De su otra madre, aquella de cuya tripa sí había nacido, nadie sabía nada, aunque lo más probable era que hubiera muerto en algún terremoto o en alguna otra catástrofe natural. La niña no preguntó nunca nada, ni sobre terremotos ni sobre su primera vida en el orfanato. Tal vez porque hay cosas en la vida que es mejor no saber. Lo que sí le preguntó a Mercedes fue por qué le había puesto aquel nombre tan raro, Valeria, que nadie más llevaba ni en el colegio, ni en las clases de inglés, ni en las de baile, ni en las de pintura, ni en las de natación.

—Te llamas Valeria porque así se llamaba mi abuela. Y como la tenía que llamar así, «abuela» y no por su nombre, me había quedado siempre con las ganas de llamar a alguien «Valeria». Además, es un nombre que ya casi nadie le pone a las niñas y es precioso. —Aquí la interesada torció el gesto—. Por todo eso te llamas Valeria.

—Vale —respondió la muchacha poco convencida con el discurso de su madre.

UN VIAJE SORPRESA

Valeria había terminado tercero de ESO con muy buenas notas y su madre quería hacerle un regalo muy especial: unas vacaciones diferentes. Mercedes llevaba varios días buscando de acá para allá ofertas en internet. Buscaba algo que le rondaba en la cabeza desde hacía años pero que nunca se había atrevido a llevar a cabo. Algo que pensaba que podía ser muy, pero que muy especial para ella y para su hija.

—Mamá, necesito el ordenador. Llevas horas con él.

—Enseguida termino. Ya casi lo tengo.

—Seguro que yo lo habría hecho antes. Eres muy lenta, mamá.

Mercedes le lanzó una mirada furibunda. Era consciente de que pertenecía a una generación que no había nacido con el ordenador incorporado, pero no era ni tan torpe ni tan lenta como le decían todos, sus hermanos, sus compañeros de trabajo, incluso los que estaban a punto de jubilarse. Y por supuesto, su hija adolescente.

—Si lo haces tú, no sería una sorpresa, así que te callas de una vez. Acércame el monedero, anda. Necesito la tarjeta de crédito. Pero no te acerques a mirar la pantalla. Todavía no.

Valeria hizo lo que su madre le pidió mientras pensaba cual sería aquel lugar secreto al que iban a ir de vacaciones. Mercedes era bastante imprevisible y durante los últimos años la había sorprendido con vacaciones, digámoslo así, peculiares. Hacía dos veranos que habían pasado quince días en una cabaña perdida y solitaria junto a un lago en Finlandia. Se habían dedicado a recolectar mirtilos, a pasear, a hacer mermeladas... Y a ser comidas por los millones de mosquitos que revoloteaban sobre la superficie del lago. En algunos momentos Valeria se había aburrido, porque en dos semanas no había visto otra cara que la de su madre. Ni siquiera había visto la suya porque en aquella cabaña no había ningún espejo. Para colmo, habían metido las mermeladas en la maleta; uno de los tarros se había roto y sus pantalones preferidos habían quedado inutilizables.

Y el año pasado, aquello había sido el colmo: habían estado otras dos semanas en un monasterio en el centro de Italia. Allí sí que había visto otras caras: las de los siete monjes barbudos que vivían en el convento y que le recordaban a los siete enanitos de Blancanieves. Dos veces se habían acercado al pueblo a tomar un helado y a caminar por callejones tan empinados que Valeria estaba, casi, deseando volver al monasterio para dejar de subir y de bajar cuestas.

Mercedes trabajaba muy duro durante el resto del año. Era psicoterapeuta en un hospital, y siempre estaba rodeada de gente que le contaba sus problemas, un día sí y el otro también. Una hora sí y la otra también. Por eso, su idea de unas vacaciones como Dios manda, era cada verano irse a un lugar solitario y tranquilo donde disfrutar de paz, de tranquilidad y de soledad. La compañía de Valeria era más que suficiente. La muchacha lo sabía, lo entendía y por eso

protestaba poco. Lo justo. Además, el resto de las vacaciones las pasaba con sus amigos y con sus abuelos en el pueblo, con fiestas, vaquillas, bailes y ruido. Mucho ruido. Las dos semanas de vacaciones con su madre en algún rincón solitario de la tierra era algo que podía soportar. E incluso disfrutar. Aunque a veces se preguntaba por qué.

—Aquí tienes el monedero, mamá.

Mercedes extrajo la tarjeta, introdujo los números donde eran solicitados y, tras unos segundos de incertidumbre durante los cuales se mordió una uña de la mano izquierda, dijo sonriendo a su hija que la miraba expectante:

—Ya está.

—¿Ya está? ¿A qué misterioso y desconocido lugar del mundo nos vamos a retirar en esta ocasión?

—Ni te lo imaginas —contestó Mercedes emocionada.

—¿Acaso un monasterio budista en el Himalaya? —preguntó Valeria, aun sabiendo que exageraba.

—Demasiada gente. Muchos monjes y muchos turistas. No. Nos vamos al lugar más solitario que te puedas imaginar.

—El lugar más solitario... ¿Una ermita en lo alto de un monte? —replicó la muchacha.

—No. No nos vamos a ningún monte.

—Ay, mamá, dímelo ya, que me tienes en ascuas.

—No, no nos vamos a un monte —sonrió Mercedes—.

Nos vamos al mar.

—¿Al mar? ¿A la playa? ¿Vamos a tener unas vacaciones de esas que tú denominas «normales»? —Valeria no se lo podía creer.

—Querida, «mar» no es sinónimo de «playa». ¿No has estudiado todavía lo de los sinónimos y los antónimos? —Y sí,

claro que Valeria lo había estudiado ya en el instituto, así que asintió con la cabeza—. Irse al mar no es, necesariamente, irse a la playa.

—Mamá, no lo entiendo... —Y tras unos segundos de silencio pensante—. O sí. ¿Un crucero?

— Bobadas, niña, bobadas. Un crucero es un barco lleno de gente que baila, que bebe, que corre, que grita, que juega. Un espanto.

—¡Mamá, dímelo ya!

—Un faro —dijo por fin Mercedes en medio de una sonrisa que le ocupó casi toda la cara.

—¿Un faro? —preguntó Valeria, con las cejas tan arqueadas que sus ojos orientales se abrieron más que nunca.

—Un faro en medio del mar. Ni siquiera está en la costa como casi todos los faros. Está sobre un islote más pequeño que esta casa. ¡En medio del mar!

—En medio del mar... —repitió Valeria que no sabía si pensar que su madre estaba loca, o por qué alguien había construido un faro así, en medio del mar—. ¿De qué mar?

—Del mar de Noruega. Nos vamos a un faro en el norte del océano Atlántico.

—¿No es allí donde se hundió el Titanic? Mamá, allí hace mucho frío. El pobre Jack, el chico que interpretaba Leonardo di Caprio en la película, se congeló en el agua y se murió.

—Oh, Valeria, el Titanic se hundió por otro lado. Donde vamos nosotras no hay icebergs. Vamos, creo yo que no hay icebergs —dudó un momento.

—¡Mamá! —Valeria quería protestar pero ante el brillo de los ojos de Mercedes no fue capaz.

—Te encantará, ya lo verás.

—El faro.

—El faro y el mar de Noruega. Dicen que esa costa es preciosa. Agreste, sin vegetación.

—Suena precioso, sí —dijo Valeria irónicamente y casi para sus adentros—. ¿Y el faro ese está en una roca en medio del agua?

—Sí, pero no digas «en medio del agua». Agua y mar tampoco son sinónimos. Vamos a estar en medio del océano. Nada más y nada menos. Es excitante. —Y Mercedes se mordió otra de sus uñas, esta vez de la mano derecha.

—Mamá, no te muerdas las uñas que casi ya ni se te ven. ¿Y qué vamos a hacer allí, en medio del océano, durante..., ¿cuántos días?

—Diez.

—Pues eso, ¿qué vamos a hacer allí metidas? —Valeria se imaginaba dentro de un minúsculo faro, contando las olas como entretenimiento, como el que cuenta corderillos para dormir.

—Bueno, ya se nos ocurrirá cuando estemos allí. Pero podremos pescar, ver la puesta del sol. También podremos ver amanecer.

—Ya. ¿No es Noruega la tierra del sol de medianoche?

—Sí, claro, eso además.

—O sea, que ni amanecerá ni anochecerá —replicó Valeria mientras se puso a mirar por la ventana.

—¡Un faro en medio del mar! —exclamó Mercedes cada vez más y más encantada consigo misma por haber conseguido alquilarlo.

—¿Hay farero?

—No.

—¿No?

—¡No! No hay nadie en el faro. Dejó de estar habitado en 1987. Estaremos tú y yo solas en medio del mar. ¿No es emocionante?

—No.

LA HIDROFOBIA DE VALERIA

A Valeria le daba miedo el agua y no se sabía por qué. No el agua de beber o la de ducharse, esa no, que la chica era muy limpia y se ponía en remojo todos los días. Lo que le daba miedo era estar dentro del agua. En la piscina o incluso en la bañera cuando era pequeña. De chiquitina, cada noche, cuando Mercedes la bañaba, Valeria lloraba como una pose-sa, empezaba a patear dentro del agua con tal fuerza y tal desgarró que ponía todo perdido, y parecía que por el cuarto de baño hubieran pasado todos y cada uno de los caballos del ejército de Atila. Mercedes pensaba que la hidrofobia de la niña tal vez se debiera a algún trauma infantil que tuviera que ver con el momento en el que había perdido a toda su familia. Pero claro, eso era algo que no podría saberse nunca: Mercedes no creía ni en la hipnosis ni en el psicoanálisis como métodos de investigación de la mente humana. Como terapia práctica, decidió mandar a Valeria a clases de natación desde que cumplió los cuatro años.

Cada martes y cada jueves, Valeria había ido a la piscina durante casi once años. Y cada vez, tenía que inspirar profundamente tres veces y decirse antes de zambullirse: «No pasa nada. No pasa nada. No pasa nada. Estar dentro del agua es lo más natural del mundo. Estar dentro del agua es lo más

natural del mundo. Estar dentro del agua es lo más natural del mundo. Me lo voy a pasar muy bien y no me va a dar miedo. Me lo voy a pasar muy bien y no me va a dar miedo. Me lo voy a pasar muy bien y no me va a dar miedo». Y así, a fuerza de repetirlo, se lo acababa creyendo. Creencia que le duraba el mismo tiempo que la clase de natación, ya que en la siguiente sesión tenía que repetir lo mismo. Y así todos los martes y jueves durante once años. Su madre estaba convencida de que la terapia había funcionado, porque la chica no decía ni mu sobre la ceremonia ritual previa a su entrada en el agua.

Cuando Mercedes le preguntaba «¿qué tal la piscina?», ella se limitaba a decir: «muy bien, mamá, hoy he hecho veinte largos, cinco en cada estilo. Dice el profé que voy progresando adecuadamente». «¿No ves como es estupendo nadar? ¿A que ya no te da miedo?». Y Valeria callaba y sonreía como había hecho la primera vez que comprobó que el monito amarillo gruñía cuando le apretaba la tripa. Y su madre se creía que a Valeria ya no le daba miedo el agua. Se lo creía porque era lo mejor que podía hacer por dos razones: para estar tranquila, y para mantener su autoestima como psicoterapeuta.

Por eso, cuando Mercedes organizó las vacaciones en el faro, estaba convencida de que su hija estaría encantada. Y por eso mismo, Valeria no lo estuvo tanto.

Las veces, contadas, que fueron a la playa cuando Valeria todavía era una niña, casi siempre se quedaba en la arena haciendo castillos con sus fosos y sus torres en forma de cono truncado. Se acercaba al agua solamente para llenar el cubo de plástico rojo y seguir jugando. A lo sumo, se quedaba sentada en la orilla, con el flotador puesto por si acaso, y dejaba

que las minúsculas olas que le llegaban, le mojaran las piernas y, como mucho, le llegaran hasta el culito. Pero nunca se metió dentro de aquella masa infinita de agua que, seguro, seguro, si se le levantaba la piel, dejaba ver toda suerte de monstruos marinos, y de mujeres con cola de pez. Y es que, durante su infancia, a Valeria le aterraba la idea de despertarse una mañana convertida en sirena. Es decir, en un ser que no se sabe muy bien si es una chica o una pescadilla con escamas y todo. A Valeria le daba dentera solo de pensarlo.